

CAPÍTULO X

DIDÁCTICA ANALÍTICA*

(*Methodi linguarum novissimae fundamentum,
ars didactica*)

1. Ésta contiene tres partes:

- I. El *fin*, es decir, *lo que* se debe alcanzar, a saber: una enseñanza *rápida (cito)*, *agradable (jucunde)* y *sólida (solide)*.
- II. Los *medios por los cuales* aquélla trata de alcanzar lo anterior; éstos son o *permanentes*, a saber, *ejemplos (exempla)*, *preceptos (praecepta)* e *imitación (imitatio)*, y cómo se debe proceder en esto de un modo correcto, o según las circunstancias, *variables*, y que por su diversidad se deben tener en cuenta, a saber,
 1. los *objetos (objectorum)* que están para aprenderse,
 2. los *sujetos* que deben ser instruidos,
 3. los *fines* que se tienen que alcanzar.
- III. Algunos *procedimientos* cortos para enseñar todo tanto de un modo *rápido, agradable*, así como *sólido*.

* El escrito original en latín se encuentra en: Johannis Amos Comenii. *Opera omnia*, 15 / II. Academia Praegae, 1989 y va desde la página 172 hasta la página 221.

La didáctica es el arte de enseñar bien (en griego significa διδάσκω –yo enseño–; διδακτός –erudito–; διδακτικός –alguien que es conocedor del enseñar).

2. Enseñar quiere decir conseguir que otro aprenda y se apropie de eso que alguien sabe.

3. Enseñar bien significa conseguir que alguien aprenda rápido, de un modo agradable y sólido.

(De un modo rápido: por medio de un sólo trabajo, continuamente, sin ningún tipo de pérdida perjudicial del tiempo; de un modo agradable: que el aprendiz durante todo el transcurrir de sus estudios poco se canse con lo ya llevado a cabo y más bien se sienta incitado por las exigencias de lo todavía por realizar; de un modo sólido: que el aprendiz aprenda la materia de aprendizaje (*Lernstoff*) de un modo íntegro y de un modo tan perfecto que pueda aplicarla inmediatamente. *Mal enseña* entonces el que conduce hacia la ciencia de un modo retardado, molesto e incompleto).

4. Dominar el arte del enseñar significa conocer los caminos seguros hacia el buen enseñar y, mientras se los transcurre, llevar hacia el conocimiento de un modo rápido, agradable y a fondo.

(Luego, en el enseñar y el aprender la velocidad es necesaria ya que el arte es largo, pero la vida corta. Una voz agradable es necesaria para que no se introduzca la peste de la enseñanza, el hastío o la aversión, sino para que el espíritu se incite por medio del

gozo y sea retenido mediante el trabajo. La profundidad es necesaria para que nuestro saber sea saber verdadero, no la sombra del saber; para que sea realidad y no una apariencia que engañe a otros y a nosotros mismos.



Tanto para el conjunto como para lo particular es necesaria la teoría; luego, ésta sola nos da un procedimiento seguro para efectuar algo con seguridad. Enseñar, aprender o hacer algo a medias delata la falta de una teoría).

5. Por eso vamos a observar ahora los métodos de una teoría del enseñar, mientras probamos, en su totalidad y en sus partes, todo lo que ocurre durante la actividad de enseñar y de aprender y en el saber, para comprender también –después de que hayamos entendido lo que esas cosas son según su naturaleza, de qué consisten y cómo se originan– cómo los queremos, podemos y tenemos que manejar. Por medio de una correcta investigación de los conceptos generales obtenemos reglas generales para el enseñar racional que tienen que ser consideradas en todas partes y que valgan siempre y en todo tiempo; por medio de la investigación de conceptos especiales resultan, a su vez, reglas especiales que se deben seguir sólo en ciertas ocasiones.
6. Siempre y en todas partes en la actividad del enseñar y del aprender se encuentran los conceptos “enseñar” (*docere*), “aprender” (*discere*) y “saber” (*scire*). Éstos se deben investigar sobre todo para dejar en claro lo que significan en detalle. Ya que el saber (*to*) precede al enseñar (pues nadie puede enseñar-

le a alguien algo que no sabe) dirijámonos entonces en primer lugar a aquél.

7. Saber quiere decir poder reproducir una imagen (*effigiare; nachbilden*) de algo, sea con el entendimiento, con la mano o con el lenguaje.

(Luego, todo se origina por medio de la reproducción (*effigiando; Nachbilden*) o de la imaginación (*imaginando; Abbilden*), es decir, por medio de la creación de imágenes (*imagines; Abbildern*) o retratos (*simulacra; Bildnissen*) de las cosas reales. Por ejemplo, cuando concibo una cosa por medio de los sentidos, se imprime su imagen en el cerebro. Cuando creo una cosa parecida imprimo esa imagen en el material. Pero tan pronto como nombro con ayuda del lenguaje eso que pienso o que produzco, imprimo su imagen en el aire, y por medio del aire en el oído, en el cerebro y en el entendimiento de otro. La primera forma de imaginar (*imaginari; Abbildung*) la denominamos "Wissen"¹ (saber), "vedeti", y a la segunda y a la tercera "Können"² (poder, "umeti").

8. Así pues, en toda parte en donde hay saber encontramos tres componentes: una idea (*idea*), lo formado según la idea (*ideatum; Gestaltetes*) y lo que da forma conforme a esa idea (*ideans; Gestaltendes*), es decir: 1) un original (*imago archetypa; Urbild*), el objeto de saber, 2) una imagen (*imago ectypa; Abbild*), el resultado del saber, y 3) un instrumento

1 Original en alemán.

2 Original en alemán.

por medio del cual producimos esa imagen conforme al original, a saber, los sentidos, la mano, el lenguaje, etc. (Luego, sin instrumento no se puede originar nada). Si al entendimiento se le quitan las cosas de donde abstrae las imágenes espirituales o el instrumento con el que crea (los sentidos, la mano, el lenguaje), entonces no podrá abstraer, no tendrá que reproducir (*effigiare*), es decir, no podrá saber (pensar, crear, hablar) nada. Si se le quitan las imágenes producidas (representaciones) (como sucede durante el olvido cuando las imágenes en el cerebro son oscurecidas), entonces no podrá saber nada más. De ello resultan entonces las siguientes axiomas:

I. *No sabemos nada sin idea (idea) u original (forma).*

(Dicho de otro modo: cada saber es saber de una cosa. Para saber algo entonces te tienes que buscar algo que te ponga en marcha los sentidos y luego el entendimiento; *Wissenaschaft und Kunst muß ein Vorbild haben*³ [la ciencia y el arte tienen que tener un modelo].

II. *No sabemos nada sin imágenes (ideatione).*

(O: saber es hacerse imágenes (*effigiato; Abbilden*): *Wissenschaft und Kunst bestehet im Nachbilden*⁴ [la ciencia y el arte consisten en el reproducir].

III. *No sabemos nada sin instrumentos o capacidades que hagan posible el imaginar.*

3 Original en alemán.

4 Original en alemán.



(Saber significa imaginar algo por medio de algo. *Wissenschaft und Kunst muß Bildungsmittel haben*⁵ [la ciencia y el arte deben tener medios formativos]).

9. *Aprender* significa progresar hacia el conocimiento de una cosa desconocida por medio de una conocida. (Con otras palabras: aprender quiere decir tratar de reproducir (*effigiare*) algo con el espíritu (*ingeniô*)).

10. Allí donde algo es aprendido concurren tres aspectos: 1) algo desconocido (*ignotum*) hacia lo que se aspira; 2) algo conocido (*notum*) con cuya ayuda se puede alcanzar lo desconocido; 3) el esfuerzo de lograr de lo uno lo otro y la transición misma (*transeundi conatus*). Así pues, el aprender, *discentia* (como denomina Tertuliano al proceso de aprendizaje), es una especie de movimiento en el que algo móvil (*mobile*) se mueve de un punto determinado en el que se apoya a un punto alejado de este último. Lo móvil acá es el *aprendiz* (*discens*).

El primer punto es que una cosa ya conocida con anterioridad pueda mover al aprendiz hacia el conocimiento de otra cosa todavía no conocida. (A esto se lo llama conocimiento previo (*praecognitum*; *Vorerkannte*) o el punto de partida del conocimiento (*cognitionis principium*)). Luego, a partir de acá se pueden alcanzar los puntos más lejanos, las cosas desconocidas, desde luego que no sin un cierto esfuerzo. Por ejemplo, si hoy tuviera que aprender una *lengua persa*, entonces tendría frente a mí

5 Original en alemán.

una cosa desconocida. Para aprenderla necesitaría de la actividad mediadora de alguna cosa conocida, a saber, de un *intérprete* que conozca tanto esa lengua como la mía (aquél puede ser tanto un traductor viviente, un hombre, o uno inanimado, un diccionario). Además es necesario el *trabajo* y el *estudio* para que, mediante la explicación de la una o de la otra y de repeticiones frecuentes, consiga por medio de la lengua ya conocida la comprensión de la lengua hasta entonces desconocida. Si se quita alguna de estas partes necesarias entonces no hay ningún aprendizaje. De acá resultan los siguientes axiomas:

IV. *Lo que no se ignora no se aprende.*

(Luego, ya que es conocido, entonces no es necesario volver a hacer lo ya hecho, y es también imposible.

Conclusión: *lo que aprendemos entonces es desconocido en la medida en que lo aprendemos.* Lo que alguien ya ha aprendido deja entonces de aprenderlo).

V. *Lo desconocido sólo se aprende por medio de lo conocido.*

(Con otras palabras: *lo que se aprende, se aprende con la ayuda de conocimientos previos (praecognitia)*, es imposible de otro modo. El conocimiento de las cosas se realiza por etapas (*gradatim*); éste es igualmente el ascenso del entendimiento humano hacia aquello que buscamos. Así como hay gradas en una escalera y el que quiera ascenderlas no puede hacer otra cosa que moverse de la grada en la que se encuentra a la próxima (por

eso, si lo quisiera hacer de otro modo se precipitaría en el vacío), así se mueve el espíritu (*mens*) durante el aprendizaje, hacia adelante de lo uno a lo otro, de lo ya conocido a lo todavía por conocer).

Conclusión: *lo desconocido no se aprende por medio de lo desconocido*).

VI. *Lo desconocido sólo se aprende por medio del aprender.*

(En otras palabras: *lo que se quiere saber se debe aprender.*)

Conclusión: *el empeño y la diligencia hacen parte entonces del aprendizaje*).

11. Pero como el que entra por primera vez en un camino necesita de cuidado para que no se extravíe, y el que quiere ascender por primera vez una escalera tiene que hacerlo cuidadosamente para no dar un paso en falso –sólo raras veces es uno tan cauteloso para no cometer errores–, entonces por eso es tan necesario, incluso imprescindible, tener un guía que evite el error, que haga volver al que yerra y que levante a quien cae de una grada y lo mantenga por el sendero. Ya que esto sucede de un modo similar durante el aprendizaje (cuando el espíritu progresa de lo conocido a lo desconocido), entonces resultan de allí los siguientes axiomas:

VII. *Un aprendiz siempre se debe cuidar de aprender algo falso*

VIII. *También para un aprendiz cuidadoso es imposible no errar al principio.*

(O: sin errores no se aprende nada).

IX. *Un aprendiz sólo puede avanzar paso a paso.*

X. *Un aprendiz necesita (entonces) siempre de alguien que lo guíe, advierta y mejore.*

(Hay hombres libres con talentos afortunados que se incitan, advierten, guían, mejoran y reprenden a sí mismos. Éstos son, no obstante, escasos y no pueden estar absolutamente sin alguna guía, advertencia y corrección, debido a que ellos se proporcionan a sí mismos lo que les sucede a otros por medio de otros hombres. Espíritus mediocres o completamente perezosos, por el contrario, necesitan siempre de alguien que los guíe).

Conclusión: *El que enseña guía (ducit); el que aprende es guiado (ducitur).*

Queremos ahora continuar investigando qué exigencias hay que hacerle tanto al que enseña como al que guía.

12. *Enseñar significa proporcionarle conocimientos a un aprendiz. ¡Mira, allá hay entonces un enseñante (docens), un aprendiz (discens) y el proceso de enseñanza (doctrina)! Enseñante es quien media los conocimientos; aprendiz es el que los recibe; el proceso de enseñanza es la transmisión misma de los conocimientos y el tránsito del enseñante al aprendiz (§ 17, etc.).*

XI. *Donde nadie enseña, allí nada es enseñado.*

XII. *Donde nadie aprende, allí nada es aprendido.*

XIII. *Donde no tiene lugar ningún proceso de enseñanza, allí no se transmite ningún saber.*

13. Las disposiciones espirituales se relacionan con los campos para el cultivo, así como la instrucción con las semillas. Si no siembras no recoges, y si siembras poco, la cosecha será escasa. Tampoco vas a recoger más de lo que has sembrado; luego, las disposiciones, como los campos para el cultivo, no darán de sí más que lo que han recibido.

XIV. *Enseñantes y aprendices se encuentran en una relación recíproca (relata sunt): en el proceso de enseñanza no puede faltar ninguno de ellos.*

XV. *El vínculo entre enseñante y aprendiz es el conocimiento (doctrina) que pasa del uno al otro.*

XVI. *Un buen enseñante, un buen aprendiz y un buen proceso de enseñanza multiplican ampliamente los conocimientos.*

Veamos entonces lo que se requiere de ellos en particular para que sean buenos.

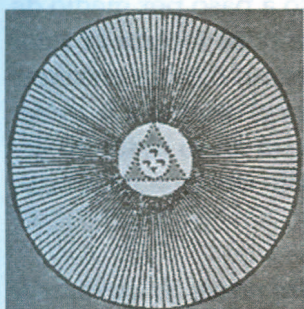
14. Del enseñante se requiere la capacidad de enseñar (*doctivitas*), de modo que sepa, pueda y quiera enseñar. Esto quiere decir que 1) *él mismo sepa* lo que debe enseñar a otros (ya que nadie puede enseñar aquello que él mismo no sabe de un modo suficiente); 2) que debería estar también en *condiciones de enseñar (docere possit)* su saber a otros (con otras palabras, que *sea un didacta*, que soporte con paciencia a los ignorantes y que sepa cómo repeler hábilmente la ignoran-

cia, etc.); finalmente 3), que eso que sabe y puede, *también lo quiera (velit etiam)*, es decir, que sea activo y diligente, y desee llevar a los otros hacia la luz de la que él mismo se regocija.

XVII. *El enseñante poseería la capacidad de enseñar. (Estaría instruido) (doctus).*

XVIII. *El enseñante sería un experimentado en el enseñar. (Sería un didacta) (didacticus).*

XIX. *El enseñante tendría un vivo interés por el enseñar. (No conocería la pereza y la envidia) (ignaviam et invidiam nesciat).*



15. En el aprendiz se requiere de la docilidad, pues en ella radica el que pueda ser instruido, el que posea el entendimiento necesario y que quiera que se le enseñe (*possit, sciat, velit doceri*). Poder ser instruido significa tener instrumentos saludables para aprender (los sentidos, la mano, el lenguaje). Poseer el entendimiento suficiente para aprender significa, con respecto a la edad y al desarrollo espiritual, estar maduro para el objeto de aprendizaje. *Querer ser instruido* significa estar deseoso de instrucción y recibirla con los sentidos despiertos. Así entonces:

XX. *No instruirás en nada a quien no esté en capacidad de instruirse (docebis).*

(Por ejemplo, a un ciego en óptica, a un sordo en música, a un mudo el lenguaje, a un cojo el baile, etc. Es imposible).

XXI. *Difícilmente instruirás a quien no está maduro para recibir una doctrina.*

(Por ejemplo un niño que no tenga todavía la capacidad lingüística de hablar de conformidad con las reglas gramaticales, de cantar conforme a las reglas musicales, de aplicar la perspectiva, etc.; y mucho menos de correr antes de andar, y de andar antes de pararse en los pies, etc. Esto será exactamente como si demandaras el vuelo de un pájaro sin plumas o recogieras frutas de un árbol que no ha florecido. Todo tiene su tiempo.

Acá, sin embargo, no sólo se tiene que pensar en la madurez de la edad, sino también en los progresos en el aprendizaje, pues todo se aprende paso a paso por medio de los conocimientos previos (según el axioma V). Si un hombre no conoce entonces una etapa que le abra el camino a la próxima, entonces no podrá en lo absoluto llegar a esta última o sólo con mucha dificultad).

XXII. *Al que no muestra deseos de aprender le enseñarás inútilmente mientras no despiertes en él un activo interés por el aprender.*

(Para que ansíe el saber y esté con los sentidos aguzados frente a la cosa, hay que dejar de lado otras cosas y cultivar una. ¿cómo tiene lugar este asunto, eso será expuesto más adelante).

16. De ello resultan tres requerimientos con respecto a la docilidad: primero, *rapidez e la comprensión* o ingenio; segundo, *sensa*

tez en el juicio o capacidad de juicio; tercero, *empeño* para llevar hasta el final lo comenzado o lo que también llamamos dedicación. Ingenioso es quien concibe autoactivamente todo lo que se le ofrece. Capaz de juicio es quien bien comprende lo bien meditado. Diligente es quien supera todo mediante la dedicación.

XXIII. *Ingenio, capacidad de juicio y diligencia posibilitan conjuntamente progresos admirables.*

XXIV. *En parte la carencia de disposiciones y de capacidad de juicio puede ser reemplazada por la diligencia.*

XXV. *En donde no existe ingenio, capacidad de juicio y tampoco diligencia, allí permanecen el enseñar y el aprender sin éxito, o sólo se consigue muy poco.*

17. También en el proceso de enseñanza concurren tres factores: *una cosa que es enseñada, el modo como es enseñada y algún medio que incentive al alumno a aceptar atentamente la instrucción.* La cosa que se enseña la denominamos *objeto de enseñanza (doctrinae objectum)* según § 18. El modo de enseñar es el *método* según § 19. El medio que hace más eficaz la instrucción es la *disciplina* según § 36. (Luego, la palabra "disciplina" significa tanto como "*discipellina*", porque por medio de ella se impele (*impellitur*) a aprender (*ad discendum*) a quien no lo quiere por sí mismo).

XXVI. *Donde no se enseña nada, allí nada se aprende.*

XXVII. *Donde se enseña de un modo confuso, allí se aprende de un modo confuso.*

XXVIII. *Donde se enseña de un modo negligente, allí también se aprende de un modo negligente.*

(Conclusión:

1. *La cantidad de saber depende de la cantidad de objetos de enseñanza.*
2. *El orden del saber depende del orden del proceso de enseñanza.*
3. *La obtención exitosa de saber depende de la diligencia del enseñante y del aprendiz).*



18. Las cosas que deben ser enseñadas son todas aquellas que refina la naturaleza humana y puede perfeccionar, a saber, el conocimiento de la propia persona y la capacidad de utilizarlo correctamente (en relación con los miembros externos, los sentidos, el entendimiento, la voluntad, etc.), como también el conocimiento y uso de las demás cosas, de modo que todo sea para nuestro servicio y nada perjudique.

Las diferencias en ello las veremos más tarde cuando tengamos la oportunidad de investigar con más exactitud las reglas del enseñar.

19. Los modos de enseñar consisten en la prudencia en los métodos (*in methodi prudentia*) que el enseñante siempre y en todas partes tiene que observar de tal modo que comprenda cómo preparar para la docilidad al alma del aprendiz (ver § 20), cómo presentar el material mismo de enseñanza (ver § 26) y cómo asegurar lo transmitido y lo

recibido (ver § 34). Así entonces, como el pintor que quiere producir una imagen antes tiene que extender, pulir y proveer de un trasfondo –para hacer que se reciban los colores– el tablero o el lienzo sobre el que quiere hacer la pintura, ya después de eso pinta y expone la imagen revestida de barniz al sol y al aire para que se endurezca y pueda ser tocada; de igual modo debe proceder con total prudencia aquel que quiere llevar conocimientos a la mente, a la mano o al lenguaje, cuando prepara las almas para la instrucción (*doctrinae*), y luego les transmite conocimientos y, finalmente, los asegura.

20. La preparación es necesaria para que el que debe aprender pueda, quiera y sepa recibir la instrucción. Luego, si no comprende, quiere y puede esto, te agotarás y lo agotarás a él inútilmente con una fatigante actividad de enseñanza, como se mostró en § 15. Que valga entonces como regla:

XXIX. *No empieces a instruir a quien no está preparado para ello.*

(Luego, no se debe hablar, mostrar o hacer avanzar a alguien que no puede escuchar, ver o seguir los pasos. De allí que no se deba instruir tampoco a quien no quiera aprender. Si a pesar de todo en adelante lo haces, pierdes tiempo y esfuerzo. Mira los axiomas XX, XXI, XXII).

21. O la naturaleza hace ella misma que alguien pueda ser instruido, que lo quiera o lo comprenda, o se tiene que alcanzar esto por medios artificiales (arte). Si la naturaleza ha asignado a alguien instrumentos saludables,

empeño por aprender y la diligencia necesaria para actuar (las naturalezas afortunadas cultivan esto por sí mismas desde adentro), entonces no te enfades sin razón; simplemente ve al trabajo. A un hambriento no hay que elogiarle la comida; con sólo olerla, la tomará deseoso y la digerirá bien. Así pues:

XXX. *El que está preparado para la instrucción, ese no aplazará su aprendizaje.*

22. Pero si a un estómago le fastidia la comida, entonces habría de saber que necesita más bien medicamentos que comida; así pues, aplaza aquéllos y alcanza ésta. ¿De qué modo? Si alguien siente aversión contra la instrucción, entonces esto es porque no comprende sus beneficios, es seducido más por otras cosas o es que se atemoriza por las dificultades. Consigue entonces que comprenda qué tan importante es para él saber esto o aquello y querrá luego saberlo porque a la mente humana le es innato el amor por las cosas mejores [...].

XXXI. *No comiences con la enseñanza antes de que se la hayas recomendado bien al discípulo.*

Conclusión: tienes que buscar, de todas las formas posibles, que el discípulo aprecie como algo admirable la enseñanza a la que accede. (Esa admiración encenderá el amor, el amor el deseo, el deseo la diligencia).

23. Esto lo logrará cuando ofrezcas una prueba de la belleza, amenidad y facilidad del estudio que ha comenzado. Está en concordancia con la naturaleza el querer pre-

feriblemente el todo que la parte. La verdad de esa apreciación la podrías comprobar en un chico de tres, cuatro o cinco años. Comienza a contarle cualquier historia o fábula pequeña y suspende una vez que has comenzado. ¡Cómo será agarrado por el deseo de experimentar lo restante, cómo te rogará continuar con el relato! Lo mismo vale para todas las cosas en cada etapa de la vida si sólo comprendemos cómo utilizar los impulsos innatos (*stimulis innatis*). Así entonces:

XXXII. *No comiences a instruir antes de que no hayas despertado en el discípulo el gusto por el aprender.*

24. Y porque la naturaleza humana ama la actividad y precisamente goza del movimiento, a saber, del libre movimiento para dar forma y transformar según su propia voluntad, por eso:

XXXIII. *No comiences a instruir sin haber preparado al discípulo para la participación activa (*ad agendum accincto*).*

(Hace poco algunos didactas nos compartieron una regla incorrecta: todo trabajo debe recaer sobre el enseñante, al aprendiz le queda sólo el silencio pitagórico. Este precepto le causa al enseñante un esfuerzo inútil y vano, digno sólo de los burros; éste crea en los aprendices obstáculos inevitables para el camino al éxito y extingue en ellos su atención. Vimos en el axioma VI con su conclusión que el trabajo hace parte del aprender y que en el proceso de enseñanza no debería faltar ninguno de los dos [ni el enseñante ni el aprendiz, F.H.] según el

axioma XIV. Ambos deben entonces cargar con una parte del trabajo: el enseñante mientras empuja hacia adelante y el aprendiz en tanto sigue los pasos. Nunca lograrás que con el sólo silencio el alumno esté atento y mucho menos que haga progresos, aún cuando te esfuerces hasta reventar. Así, mientras más lo obligues a una atención muda, más lo insensibilizarás. Así pues, el hombre no es un pedazo de madera del que pudieras labrar una estatua (mientras él se comporta de un modo totalmente pasivo), sino una imagen viviente (*viva imago*) que se forma a sí misma (*seipsam formans*), se deforma y se transforma según las circunstancias. Nosotros los adultos también experimentamos que realmente no hay nada más difícil que escuchar callado al enseñante, y mucho menos que esto puede ser más fácil para un chico en esa edad en la que su espíritu vagabundea por todas partes (sobre esto luego se dirá más en § 143). Pero si le das algo que hacer, entonces así lo animarás muy pronto y amarrarás su entendimiento de modo que profundice en su cosa. Es totalmente natural que el que es llevado o conducido no atienda al camino; pero que el que tiene que ir por sí mismo dé una mirada alrededor, por un lado, para no caer, y por el otro, para no extraviarse del camino. Dejemos de lado entonces ese precepto dañino y pongamos éste mejor en su lugar:)

XXXIV. *Al aprendiz el trabajo, al enseñante la dirección.*

Debido a ese precepto ponle siempre al aprendiz los medios a la mano para que se percate de que tiene que hacer algo y no se

imagine algo alejado, arduo y difícil; de este modo entonces despertarás luego en él el interés, la participación activa y el empeño (*mox excitatum, alacrem, avidum reddideris*).

25. ¿Pero, de qué modo conseguimos que también comprenda cómo volverse instruido? A esto no pertenece ningún arte. Si tú sabes cómo enseñar, él también comprenderá (una vez deseoso de ser instruido) cómo ser instruido. Sabes cómo ir hacia adelante, entonces él también sabrá cómo seguirte, así como un niño despierto puede mamar cuando la nodriza sabe cómo amamantar. Tenemos entonces que pasar por esto para reconocer un procedimiento prudente en la transmisión del material de enseñanza.

26. Regla más elevada y luz, centro y circunferencia, base y cima para la transmisión prudente del material de enseñanza es la siguiente: se enseña todo por medio de ejemplos, de preceptos y mediante la aplicación o la imitación; con otras palabras, que la cosa que debe ser aprendida sea puesta frente a los ojos del aprendiz y lo presentado sea explicado; pero después de ser explicado y comprendido, el aprendiz debe tratar de presentarlo nuevamente mediante una imagen, hasta que lo comprenda. (Esto se sigue de § 8, 9, 10). El ejemplo corresponde entonces a la imagen original (*Idea*) (axioma I), la imitación a lo ideado (*ideatum*) (axioma II), y el precepto al instrumento que guía la imitación (axioma III). A partir de esos fundamentos resultan los siguientes axiomas:

XXXV. *Donde no hay nada que pueda ser imitado (es decir, un ejemplo), allí no hay imitación.*

XXXVI. Donde no hay información para la imitación (es decir, un precepto), allí no habrá imitación que prosiga de un modo fácil y seguro.

XXXVII. Donde no hay imitación (es decir, aplicación, actividad, ejercicio), allí permanecen en forma superficial la información para la imitación y aquello mismo que debe ser imitado.

27. Así pues, todo el proceso de enseñanza y aprendizaje consiste de *ejemplos, preceptos e imitación*; estos tres son los que ocupan el espíritu del enseñante y del aprendiz. De acá resultan tres axiomas:

XXXVIII. Exponer un ejemplo, explicarlo y presentar el modo de imitación es tarea del enseñante; asunto del aprendiz es verlo, aprehenderlo e imitarlo.



(Se presupone, a saber, que el enseñante guíe y que el aprendiz (según la conclusión del axioma X) sea su acompañante. Así entonces, aquél debe guiar, es decir, ir adelante y éste sucederle. *Ein Vorgänger und ein Nachgänger müssen beisammen sein*⁶ [Un guía y un acompañante tienen que estar juntos]).

XXXIX. Sin ejemplos, preceptos y ejercicios ni se enseña, ni se aprende, o al menos no de un modo correcto.

(El que lo primero es verdadero se muestra en aquellos que son sordos de nacimiento;

6 Original en alemán.

no escuchan a nadie hablar, luego tampoco pueden hablar ellos mismos; ¿de dónde deberían aprenderlo? Sin idea no pueden (según el axioma V). Sí, el hombre no aprende de una vez a caminar en dos pies sin ejemplo, como se comprobó con el chico en Hessen que desde pequeño fue raptado por los lobos y criado entre ellos. Él sólo podía lo que había aprendido por medio del ejemplo de los animales, a saber, andar en cuatro patas, aullar y agarrar las presas con las uñas. Sólo hasta la edad de ocho años, cuando fue capturado y puesto entre hombres, aprendió a ponerse de pie por el ejemplo de éstos, a andar en dos pies y, después de eso, a hablar, etc. Aprender sólo de ejemplos y sin preceptos lo consiguen solo hombres dotados. Pero también tales *autodidaktoi* no aprenden sin preceptos, ya que si bien no los toman de otras personas, se los representan por medio de la observación misma. Finalmente, nadie ha conseguido, ni conseguirá, aprender algo sin aplicación o ejercicios).

XL. Todo es aprendido por medio de ejemplos, preceptos y ejercicios.

(Con los trabajos manuales se llama más la atención –si se procede racionalmente– cuando se presenta, primero, el modelo; luego, si es necesario, se explica y, finalmente, se vuelve a presentar mediante la imitación. Lo mismo sucede en las áreas teóricas. Quieres que otro aprenda algo, entonces pónselo frente a sus sentidos y, cuando sea necesario, explícaselo; y para que veas entonces si ha comprendido correctamente la cosa, mándalo a presentarla por sí mismo. Esa narración o repetición es una es-

pecie de imitación. Lo mismo es en cuestiones de moralidad: primero muestras algo bueno, luego compruebas que es bueno proceder de ese modo, de modo que él mismo lo apruebe, le gane amor y se encamine hacia allá. Así pues, el creador de las cosas ha dispuesto de tal modo la naturaleza del hombre para que con todas las partes que lo componen se dirija a las cosas. Muéstrale al entendimiento (de un modo lo suficientemente claro) lo verdadero, y lo comprenderá pronto. Muéstrale a la voluntad lo bueno (que lo reconozca como algo bueno verdaderamente), y lo escogerá luego llena de empeño. Muéstrale a la capacidad de actuar algo posible (de modo que vea que lo puede hacer), y pronto lo llevará a cabo. Digo entonces: muéstrale a las mentes humanas la idea de lo *verdadero, bueno y posible*, y explícaselas de un modo conveniente para que no se equivoquen en su percepción, y pronto verás cómo se transforman según ella. Ése es entonces el único método verdadero, duradero y mejor (uno mejor no se dejará descubrir nunca) de cómo enseñar y aprender todo).

Conclusión: Lo que se debe saber se presenta entonces con un ejemplo, se emplea para ello instrucciones (*informatio*) y se deja que se haga el ensayo para alcanzarlo.

28. El orden natural de aquellas tres cosas es que vayan delante los ejemplos, siga la aplicación, pero que en medio de ellos entren los preceptos. Los ejemplos sirven para incitar, los preceptos para informar y la aplicación para corroborar. (El que tengamos que proceder en ese orden es algo que vimos en § 19). Así entonces: